

# La *Verleugnung* y su relación con el saber

## Un estudio sobre el concepto de *desconocimiento*

Luis Sales

### Resumen

*En este artículo me propongo tratar el concepto freudiano de Verleugnung (desmentida) desde una doble perspectiva: primero desde un punto de vista clínico, como una defensa generadora de un modo de permanecer inconsciente ante una parte de la realidad, fenómeno para el que propongo la denominación de desconocimiento, a fin de distinguirlo del clásico inconsciente reprimido de las psiconeurosis. Por otro lado, desde una perspectiva metapsicológica, como un proceso alternativo a la represión que conlleva además un levantamiento (Aufhebung) de la misma. Finalmente pretendo establecer las posibles diferencias conceptuales y clínicas entre dos mecanismos que a menudo se confunden: Verleugnung y Verneinung (negación) así como la relación entre ellos y el sentimiento de lo siniestro.*

**Palabras clave:** *Verleugnung*, desmentida, desconocimiento, *Verneinung*, *Aufhebung*, *Unheimliche*.

### Introducción

Este trabajo es continuación de uno anterior (Sales, 2009) en el que me planteaba las diferencias entre las nociones freudianas de *Verwerfung* y *Verleugnung* así como su relación con la *Verneinung* y la *Verdrängung*. Toda vez que en aquella ocasión me centré preferentemente en la primera de dichas nociones, la *Verwerfung* o forclusión, nos corresponde ahora abordar la segunda, es decir, la *Verleugnung* o desmentida. A modo de recordatorio, en el citado trabajo sugería una doble perspectiva a la hora de abordar estos conceptos: primero, una de carácter metapsicológico, según la cual tanto la *Verwerfung* como la *Verleugnung*, e incluso la *Verneinung*, serían mecanismos *alternativos* a la represión, característica que entre otras cosas los diferencia de aquellas otras defensas a las que podríamos definir como *complementarias* de la represión. La segunda perspectiva, de corte más clínico, trataba de centrar

la atención en el hecho de que los mencionados procesos determinan un modo particular de *permanecer inconsciente ante algo perceptible*, que yo proponía denominar *desconocimiento* (*Verkennung*) para diferenciarlo del olvido o amnesia de una representación, que es la forma de inconsciente que clásicamente se ha asociado a la represión. A lo largo de la exposición abordaremos en primer término el concepto de desconocimiento, ya que es el sesgo a través del cual me propongo estudiar la *Verleugnung* en este artículo, y en un segundo lugar trataré acerca de lo que denomino *alternativa a la represión* con el propósito de distinguirlo del clásico concepto de *retorno de lo reprimido*. Finalmente pretendo establecer las posibles diferencias conceptuales y clínicas entre dos procesos que a menudo se confunden: *Verleugnung* y *Verneinung*. El hecho de que muchos de estos temas ya fueran esbozados en el trabajo anterior, hace inevitable —y por ello pido disculpas— la repetición de ciertos párrafos.

Freud no elevó la *Verleugnung* a la categoría de concepto hasta 1927, en el contexto de su artículo sobre el fetichismo. Allí estableció una definición del proceso en términos de defensa del yo ante la percepción de la falta del pene en la madre, que suele tener lugar en la fase fálica, y que resulta fuertemente traumática. Lo específico de este proceso —descrito como *alternativa* al considerado normal, esto es a la represión del deseo edípico, que conduce al sepultamiento (*Untergang*) del complejo de Edipo—, es que la *Verleugnung* establece una *escisión yoica* (*Ichspaltung*) en virtud de la cual, una parte del yo acepta la realidad tal cual es mientras que la otra la rechaza refugiándose para ello en la creación —por desplazamiento— de un objeto fetiche, gracias al cual el yo puede *sostener la creencia* en la madre fálica, esto es, sostener la creencia de que la completud narcisista es posible (Aulagnier, 1966). Por lo tanto la *Verleugnung* o desmentida implica dos elementos definitorios, de los que a su vez depende su eficacia como defensa: una escisión en el yo y la creación de un sustituto (el fetiche) de aquello rechazado, que es justamente lo que permite sostener el desconocimiento, la

desmentida de aquella parte de la realidad que es causa de un conflicto.

Aunque es cierto que fue a partir del fetichismo cuando la *Verleugnung* adquirió entidad metapsicológica como mecanismo de defensa ante la castración (y también ante otras realidades traumáticas, como la muerte de un padre), Freud ya había anticipado un proceso similar en *Lo ominoso*, donde, citando a Otto Rank, habla de «una “enérgica desmentida [*Dementierung*]<sup>1</sup> del poder de la muerte”» como defensa ante el «sepultamiento del yo» (*Untergang des Ich*) y la consiguiente angustia de aniquilamiento (Freud, 1919h:235)<sup>2</sup>. Freud tomó también de Rank el tema del doble —verdadero precursor del fetiche—, cuyo primer representante sería el alma inmortal, como objeto de seguridad y garantía de permanencia del narcisismo originario frente a las angustias derivadas de su eventual superación. «La representación del doble no necesariamente es sepultada junto con ese narcisismo inicial —escribe—; en efecto, puede cobrar un nuevo contenido a partir de los posteriores estadios de desarrollo del yo» (*Ibid.*). Así las cosas, describe cómo a partir de ese *nuevo contenido* del doble puede devenir la *conciencia moral*, es decir, el futuro superyó. Y en una nota al pie, añade:

Creo que cuando los poetas se quejan de que dos almas moran en el pecho del hombre, y cuando los adictos a la psicología popular hablan de la *escisión del yo* [*Spaltung des Ichs*] en el hombre, entrevén esta bifurcación (perteneciente a la psicología del yo) entre la *instancia* [*kritischen Instanz*] y el *resto del yo* [*Ich-Rest*]<sup>3</sup>, y no la relación de oposición descubierta por el psicoanálisis entre el yo y lo reprimido inconsciente (*Ibid.*:235, bastardillas mías).

Aquí hace Freud una interesante distinción entre lo que será el modelo de la segunda tópica —la «bifurcación entre la instancia crítica y el resto del yo», esto es, la *escisión del yo*— respecto del de la primera, la oposición entre el yo y lo reprimido<sup>4</sup>.

Así pues, del mismo modo que la *Verdrängung* nos situaba en el campo de las psiconeurosis, la *enérgica desmentida* (que luego denominará *Verleugnung*) y su corolario, la *escisión del yo*, nos llevan de lleno al terreno del narcisismo y sus perturbaciones, al espacio de lo que Freud llamaba «psicología del yo» (Freud, 1914c; 1915-1916; 1919h), en donde lo inconsciente no se produce ya por efecto de la represión sino de la *escisión* misma en el seno del yo. Ello otorga a estas formas de *desconocer la realidad* unas características clínicas y metapsicológicas muy particulares, y este es el tema que me propongo desarrollar en los siguientes apartados<sup>5</sup>.

Sólo quisiera adelantar unas palabras acerca del término que propongo, *desconocimiento*, para denominar esta forma de inconsciente que en la literatura analítica suele aparecer como *inconsciente escindido* o *inconsciente disociado*. Freud utilizó el término *Verkennung* (desconocimiento) en algunas ocasiones para referirse a esta forma de inconsciencia. Por ejemplo, en *Recordar, repetir y reelaborar* (1914g) escribe:

El olvido de impresiones, escenas, vivencias, se reduce las más de las veces a un «bloqueo» de ellas. Cuando el paciente se refiere a este olvido, rara vez omite agregar: «En verdad lo he sabido siempre, sólo que no me pasaba por la cabeza». [...] En las diversas formas de la neurosis obsesiva, en particular, lo olvidado se limita las más de las veces a disolución de nexos, *desconocimiento* [*Verkennung*] de consecuencias, aislamiento de recuerdos (*Ibid.*:151-152, bastardillas mías).

Otras veces, echó mano de las distintas formas del verbo *kennen* (conocer) y del sustantivo *Kenntnis* (conocimiento). Así, en *El yo y el ello*, citando a Groddeck, afirma que en realidad, en la vida «somos “vivididos” por poderes ignotos [*unbekannt*], ingobernables». Y unas líneas más adelante, añade: «Un individuo es ahora para nosotros un ello psíquico, no conocido [*unerkannt*]<sup>6</sup> e inconsciente» (Freud, 1923b:25). Por otro lado, el sustantivo *Verkennung* (desconocimiento) posee la impronta de otras palabras de la lengua alemana, muy utilizadas por Freud, que incluyen el prefijo *Ver-*: *Verleugnung*, *Verneinung*, *Verdrängung*, *Verwerfung*, *Verurteilung* (juicio de condenación), *vergessen* (olvidar), *versprechen* (equivocarse en el habla, trabucarse, cometer un lapsus), etc. Tal prefijo tiene una significación compleja y bastante polisémica en la construcción de las palabras a las que precede (Hanns, 1996; Rabinovitch, 1996), pero para simplificar podríamos considerarlo equivalente al castellano *des-*, desmentida, desmemoria (olvido), desestimación, deshacer, despedir, destruir (contrario a construir), etc., es decir, un sentido de deshacer, de alejar (desechar, despreciar) o bien de connotar lo contrario a lo que la palabra indicaría (des-mentir, des-conocer). También, como en desestimar o denegar, implica un matiz de llevar al extremo o al límite la acción de que se trata (Rabinovitch, ob. cit.).

## El concepto de *desconocimiento* en la clínica

Tratar del concepto de *desconocimiento* equivale a plantearse un fenómeno de observación muy frecuente tanto en la clínica como en la vida cotidiana. La capacidad de autoengaño del ser humano, su facilidad para vivir de espaldas a la realidad, lo que coloquialmente se ha llamado a veces la *táctica del avestruz*, resulta a menudo sorprendente cuando es utilizado como estrategia defensiva con la finalidad de eludir aspectos conflictivos o traumáticos de la realidad.

El desconocimiento nos lo encontramos muy frecuentemente en la clínica con pacientes narcisistas y tiene formas de presentación muy diversas según que estemos, por ejemplo, ante un paranoico que *desconoce* radicalmente aquello que proyecta en el objeto perseguidor (caso de la *Verwerfung*)<sup>7</sup> o ante un psicósomático que *no puede percibir* los primeros síntomas de un cáncer que está desarrollando; en este mismo ámbito de la psicósomática, pensemos también en el caso tan frecuente del paciente que, teniendo factores de riesgo, sigue fumando *sin tomar en consideración* el peligro de tener un accidente cardiovascular; o también, ya más en general, un paciente actor e irresponsable que *no discrimina las consecuencias* de tal o cual conducta (por ejemplo, mantener relaciones sexuales sin protección o conducir bajo los efectos del alcohol); también podemos incluir el supuesto de un paciente *borderline* que *no se quiere enterar* de que ha perdido a un ser querido y sigue creyendo que en cualquier momento volverá; o aquel otro, tan frecuente, del sujeto dependiente de su madre que *quiere ignorar* que ésta está enferma y va a morir. Un ejemplo parecido lo tenemos en aquella persona que se aferra a su puesto de trabajo, *sin poder percibir* que está a punto de ser despedida<sup>8</sup>. Vemos que en todos estos supuestos se produce, de una forma u otra, un bloqueo en la capacidad de pensar, de procesar en el preconscious los datos procedentes de la percepción<sup>9</sup>, aunque también, desde luego, un bloqueo en la propia capacidad de percibir una parte de la realidad, hasta el punto de que en ocasiones el fenómeno tiene cierta concomitancia con lo que André Green (1993) ha desarrollado como *alucinación negativa*, esto es, la imposibilidad de percibir algo que está delante de los ojos. Otra característica importantísima de este modo de funcionamiento mental, que en el fondo es una de sus consecuencias, es la dificultad para activar lo que Freud (1926d [1925]) llamaba la angustia señal, destinada a prevenir al aparato y prepararlo

ante el advenimiento de una situación traumática, circunstancia que predispone fatalmente a estos sujetos a sufrir graves traumas o a quedar indefensos ante ellos, con la consiguiente repercusión clínica: angustia automática, derrumbe melancólico, terror sin nombre (Bion, 1970), actuaciones graves, accidentes<sup>10</sup> o incluso intentos de suicidio. En el primer caso de los mencionados, el del paranoico, el sentimiento que predomina es de certeza, de seguridad en sí mismo, los equivocados son los demás; en los ejemplos siguientes, en los cuales lo que predomina es la *Verleugnung*<sup>11</sup>, el desconocimiento adquiere matices de imprevisión, insensatez, o bien de incredulidad e incertidumbre, a veces de despiste, atolondramiento o confusión; de cualquier manera estamos ante un *actuar sin pensar*, un *no querer saber* o *no poder creer* aquello que supone una injuria narcisista, o simplemente una actitud de negación omnipotente de la realidad, del tipo de *eso a mí no me va a pasar*. Son pacientes de los que se suele decir que se comportan como unos *inconscientes* (en el sentido de insensatos o irresponsables), o bien que no hacen caso de las advertencias; *hacen la vista gorda* y *lo que les entra por un oído les sale por el otro*; en el fondo, que viven alejados o al margen de la realidad.

El problema clínico que plantea el tratamiento de pacientes cuyo funcionamiento revela la prevalencia de estos modos de defensa es considerable. En primer lugar, son sujetos que no suelen consultar por sí mismos mientras la defensa les funciona exitosamente; sólo lo hacen cuando la defensa fracasa y la realidad se impone de forma traumática, en cuyo caso suelen presentar verdaderos ataques agudos de angustia, derrumbes melancólicos, explosiones de violencia, accidentes de diversa consideración o, incluso, cuadros delirantes. Pero hay ocasiones en que sí consultan aunque no se haya producido un fracaso defensivo, y lo hacen normalmente presionados por algún conflicto con la realidad externa (un familiar, la pareja, algún problema con la justicia, etc.). Otras veces, la motivación de la consulta proviene de algún rasgo de su caracteropatía narcisista (no ser menos, es de buen tono analizarse, etc.). En estos casos, dado que la demanda de tratamiento no es sincera, porque no está conectada con el núcleo sufriente (que permanece desconocido para el sujeto), el análisis puede convertirse en un auténtico simulacro en el que suelen quedar enredados ambos intervinientes<sup>12</sup>. Todos hemos tenido pacientes cuya buena instalación en el encuadre y cuya aparente comprensión de las interpretaciones nos han hecho pensar en un excelente proceso analítico, cuando en

realidad todo era una falsedad dirigida a tranquilizar parte de su conciencia (escindida de la cura), a contentar a una tercera persona o sencillamente a encubrir una mentira<sup>13</sup>.

La desmentida de la realidad se observa también en una dimensión social, cuando es toda una sociedad la que *hace la vista gorda* y no se entera de las consecuencias que van a derivarse de una determinada situación. Un ejemplo reciente lo tenemos en la ruptura de la llamada *burbuja inmobiliaria* y la crisis económica que ha acarreado; todo el mundo sabía que en un momento u otro la burbuja iba a estallar, pero nadie hizo nada por evitar tal desenlace o prevenir sus efectos.

Todos estamos de acuerdo en que el descubrimiento más importante y específico del psicoanálisis, el más emblemático también, es el concepto de inconsciente. Por esta razón estimo que, en términos generales, la consigna freudiana de hacer consciente lo inconsciente sigue manteniendo todo su valor. Ahora bien, cuando hablamos de *inconsciente* hemos de establecer las pertinentes diferencias clínicas y teóricas entre aquello que es producto de la represión —el inconsciente reprimido—, aquello que proviene o es efecto de una desmentida —el inconsciente escindido—, e incluso lo que no ha llegado a constituirse (a inscribirse) como psíquico y aparece en lo real (caso de la *Verwerfung*)<sup>14</sup>.

El concepto de inconsciente en psicoanálisis procede históricamente de las experiencias de Freud con la histeria y con la hipnosis. Esta circunstancia determinó una primitiva asimilación de *lo inconsciente* con *lo olvidado*, con la amnesia, y de ahí viene precisamente todo un modelo de psicoanálisis, específico de las neurosis, basado en la rememoración de lo reprimido. Este modelo, hegemónico de la primera tónica, tiene otra fuente de explicación en el hecho de que en sus primeros años de trabajo Freud estaba muy interesado por el problema metapsicológico de la memoria<sup>15</sup>. Sin embargo, fue la clínica de la neurosis obsesiva la que no tardó en hacerle ver la existencia de otras formas de inconsciente en las que *reprimido* no era equivalente a *olvidado*. Aunque esta apreciación clínica y metapsicológica ya comenzó a intuirse en los años de *Las neuropsicosis de defensa* (Freud, 1894a; 1896b), fue sobre todo en el caso del Hombre de las Ratas donde estableció más nítidamente la diferencia. Es en este famoso historial donde podemos leer la cita siguiente:

En la histeria es regla que las ocasiones recientes de la enfermedad sucumban a la amnesia lo mismo que

las vivencias infantiles. En esa amnesia vemos nosotros la prueba de la represión sobrevenida. En la neurosis obsesiva sucede por lo general de otro modo. Es posible que las premisas infantiles de la neurosis sucumban a una amnesia —a menudo sólo incompleta—; en cambio, las ocasiones recientes de la enfermedad se encuentran conservadas en la memoria. La represión<sup>16</sup> se ha servido aquí de otro mecanismo, en verdad más simple: en lugar de olvidar al trauma, le ha sustraído la investidura de afecto, de suerte que en la conciencia queda como secuela un contenido de la representación indiferente, considerado inesencial (Freud, 1909d:154).

Y unas páginas más adelante concluye que en la neurosis obsesiva «la represión no se produce por amnesia, sino por desgarramiento de nexos causales a consecuencia de la sustracción de afecto» (*Ibid.*:181). Es lo que el psicoanálisis ha conceptualizado posteriormente, a partir de Anna Freud (1936), como *aislamiento emocional*. Ahora bien, si tomamos esta conclusión de Freud, escrita en 1909, y la comparamos con la explicación que da en 1925 del mecanismo de la negación (*Verneinung*) —«la función intelectual se separa aquí del proceso afectivo»— observaremos ciertas concomitancias; y más aún cuando dos años más tarde, en 1927, al acometer la definición de *Verleugnung* vuelve a destacar la misma disociación entre representación y afecto:

Si en este [proceso patológico] se quiere *separar de manera más nítida el destino de la representación del destino del afecto*, y reservar el término «represión» para el afecto, «desmentida» [*Verleugnung*] sería la designación alemana correcta para el destino de la representación (Freud, 1927e:148, bastardillas mías).

Quiero llamar la atención acerca de que, aunque Freud está hablando de patologías o situaciones clínicas diferentes, el proceso mental que intenta describir es básicamente el mismo, esto es, una forma de defensa diferente de la represión, en la que el desconocimiento se logra por medio de una *desconexión* o *disociación*.

En el historial del *Hombre de las ratas* hay una nota al pie muy interesante en la que Freud insiste en este proceso:

Es preciso admitir entonces que para la neurosis obsesiva existen dos clases de saber [*Wissen*] y de tener noticia [*Kennen gibt*], y con igual derecho se puede afirmar que el neurótico obsesivo «tiene noticia» [*ikenne*] de sus traumas como que «no tiene noticia» de ellos. En efecto, *tiene noticia de ellos en*

la medida en que no los ha olvidado, pero no tiene noticia de ellos puesto que no discierne su significado. Por otra parte, a menudo no ocurre otra cosa en la vida normal. Los mozos que atendían al filósofo Schopenhauer en su café «tenían noticia» [*kannten*] de él en cierto sentido, en una época en que él era desconocido [*unbekannt*] [...], pero no en el sentido que hoy asociamos con el «tener noticia» [*Kenntnis*] de Schopenhauer<sup>17</sup> (Freud, 1909d:154-155, bastardillas mías).

La diferencia es esencial (y el ejemplo, muy gráfico) de un modo de funcionamiento mental que no solamente encontramos en los neuróticos obsesivos —el mismo Freud reconoce que se observa también en las personas normales—, también ciertamente en muchos adolescentes y, desde luego, en pacientes fronterizos, que tienen una gran dificultad para establecer lazos afectivos con los objetos de la realidad, lo que les lleva a establecer relaciones objetales presididas por la banalidad, la superficialidad, el desinvertimiento o la omnipotencia. Perciben a Schopenhauer, pero *desconocen* lo que ello significa.

El concepto de *ello*, ya en la segunda tópica, dejó claro que el reino de lo inconsciente tiene un alcance más vasto que el de lo reprimido. Con todo, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d [1925]), y nuevamente a partir de la clínica, Freud se sintió obligado a incluir un apartado para diferenciar el término de *represión* del *viejo concepto de defensa*, asignándoles papeles metapsicológicos diferentes: el primero mantendría su especificidad en la histeria, mientras que el segundo quedaría abierto a un abanico más amplio de posibilidades. Recordemos que un año antes, en 1925, había establecido la negación (*Verneinung*) y que en 1927 haría lo propio con la desmentida o renegación (*Verleugnung*).

Pues bien, si tomamos el modelo de *die Verneinung*, que representa una especie de paradigma del proceso que tratamos de definir, podemos decir con Freud que la negación «es un modo de *tomar noticia* [*zurkenntnis zu nehmen*] de lo reprimido; en verdad, es ya una *cancelación* [*Aufhebung*] de la represión, aunque no, claro está, una aceptación [*Annahme*] de lo reprimido» (Freud, 1925h:253-254)<sup>18</sup>. Esto significa que, si bien el sujeto toma conocimiento de lo reprimido, utiliza no obstante una defensa alternativa que le permite *al mismo tiempo* no aceptar, no enterarse, rechazar, contradecir, negar...; en definitiva, *seguir desconociendo* aquello que acaba de ser liberado de la represión. Es evidente que este tomar noticia de lo

reprimido, este *levantamiento de la represión* pero que no obstante no implica una aceptación de lo reprimido, plantea una sutil diferencia clínica y metapsicológica con lo que conocemos como retorno de lo reprimido, y a ello dedicaremos un apartado de este artículo.

Esta misma ambigüedad que encontramos en el proceso de la *Verneinung*, este modo sorprendente de mantener un *desconocimiento* ante algo que al mismo tiempo nos es dado a conocer, caracteriza también a la *Verleugnung*, y este problema centró el interés de Freud en algunos de sus últimos trabajos, desde *Fetichismo* hasta el *Esquema de psicoanálisis*.

Uno de los textos más explícitos sobre el tema lo encontramos en la carta a Romain Rolland que lleva por título *Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis* (1936), en donde analiza de forma autobiográfica una verdadera alucinación negativa sufrida por él mismo, treinta años antes, con motivo de una visita a Atenas: «*Lo que veo ahí no es efectivamente real*» (*Ibíd.*:218, bastardillas del original), piensa mientras contempla la belleza de la Acrópolis. Y, en relación al «sentimiento de enajenación [*Entfremdungegefühl*]» que tiene en ese mismo instante, añade: «Una incredulidad así es, evidentemente, un intento de *desautorizar* [*ablehnen*]<sup>19</sup> un fragmento de la realidad objetiva» (*Ibíd.*:215). En otro pasaje de esta misma carta nos brinda un magnífico ejemplo de desmentida y desconocimiento, cuando cita el *romance-lamento* de los moros españoles, *¡Ay de mi Alhambra!*, que muestran el modo en que el rey Boabdil decide desconocer la noticia de la caída de esa ciudad:

Cartas le fueron venidas  
de que Alhambra era ganada.  
Las cartas echó en el fuego  
Y al mensajero matara

Así pues, en esta obra hace una referencia muy clara al *desconocimiento* y lo relaciona con estados mentales del tipo de las enajenaciones (*Entfremdungen*) y las despersonalizaciones (*Depersonalisationen*), indicando de pasada que estos últimos fenómenos pueden llevar aparejada una «escisión de la personalidad [*Persönlichkeitsspaltung*]». En cuanto a la naturaleza general de los fenómenos de enajenación, y con independencia del carácter fugaz<sup>20</sup> y a menudo normal que muchas veces presentan, indica que «todos sirven a la defensa, quieren mantener algo

alejado del yo, *desmentirlo* [*verleugnen*]<sup>21</sup>» (*Ibíd.*:219, bastardillas mías).

Pues bien, el estudio de esta serie de mecanismos cuyo propósito es *mantener algo alejado del yo* —mecanismos que no siempre resulta fácil distinguir del concepto de *Verleugnung*— ocupó como decíamos buena parte de sus artículos más postreros (*Fetichismo*, 1927e; *Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis*, 1936; *La escisión del yo en el proceso defensivo*, 1940e [1938], y capítulo VIII de *Esquema de psicoanálisis*, 1940a [1938]), aunque ya antes había esbozado el tema en *Lo ominoso*. Todos estos trabajos, algunos incluso inacabados, representan una invitación a continuar investigando sobre el tema.

## La *Verleugnung* como mecanismo de desconocimiento

Tras haber dedicado a la *Verneinung* la famosa monografía de 1925 del mismo título, el texto clave en el que Freud se decide a definir la *Verleugnung* como concepto será *Fetichismo* (1927e). Como han reconocido algunos autores (Green, 1993; Marucco, 1998), el artículo en cuestión va más allá de ser lo que aparenta, una breve monografía sobre una curiosidad de la clínica —por otro lado poco frecuente como motivo de análisis—: la conducta de los fetichistas. Ya en los primeros párrafos la cuestión queda centrada con gran rotundidad: el fetichismo representa una *alternativa* al desenlace considerado normal del complejo de Edipo, esto es, su sepultamiento (*Untergang*), puesto que «el fetiche es el *sustituto* del falo de la mujer (de la madre) en que el varoncito ha *creído* y al que no quiere renunciar» (Freud, 1927e:148, bastardillas mías). Por lo tanto, estamos ante una perspectiva de desarrollo del problema planteado ya en *La organización genital infantil* (1923e) en torno al concepto de falo: la *creencia* infantil en su existencia real, y un nuevo modo de salir relativamente indemne ante la evidencia de la castración.

He aquí, pues, el proceso —continúa Freud, tomando el supuesto de un niño confrontado a la visión de los genitales femeninos—: el varoncito *rehusó darse por enterado* de un hecho de su percepción, a saber, que la mujer no posee pene. *No, eso no puede ser cierto*, pues si la mujer está castrada, su propia posesión de pene corre peligro.

Tenemos aquí una magnífica descripción del mecanismo de la *Verleugnung*, una percepción de la que el sujeto rehúsa darse por enterado: «no, eso no

puede ser cierto...». Reparemos en la similitud de este fragmento con el que encontramos en *Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis*, en el que también se hace referencia al sentimiento de incredulidad generado por la percepción de una realidad —«Según el testimonio de mis sentidos, ahora estoy de pie sobre la Acrópolis; sin embargo, no puedo creerlo» (Freud, 1936:217)—. No debe pasar desapercibido un importante detalle, al que ya nos hemos referido en más de una ocasión, y que marca de entrada una diferencia entre, por un lado, la *Verleugnung* y, por otro, la *Verneinung* y la *Verwerfung*: la primera involucra una sensación de creencia/confusión/alienación, nos introduce en el universo de la incertidumbre, incluso de la despersonalización, aunque también de la ilusión y de lo mágico<sup>22</sup>; las otras dos se acompañan de un sentimiento inequívoco de certeza, en el caso de la *Verneinung* por la persistencia de la represión (Mannoni, 1963) y en la *Verwerfung* a causa de la proyección.

A continuación, probablemente presionado por la polémica con René Laforgue<sup>23</sup>, Freud se compromete en una definición, como mínimo apresurada, del proceso en juego:

Si en este [proceso patológico] se quiere separar de manera más nítida el destino de la representación del destino del afecto, y reservar el término de «represión» para el afecto, «desmentida» [*Verleugnung*] sería la designación alemana correcta para el destino de la representación.

La definición ha resultado sorprendente porque contradice flagrantemente anteriores postulados de Freud con respecto a que la represión actúa sobre la representación y no sobre el afecto (Freud, 1915d y 1926d)<sup>24</sup>. Sin embargo, en esta formulación parece evidente que está haciendo referencia a la idea expuesta en *Die Verneinung* de que estos procesos afectan al componente representacional, una vez que ha quedado separado de su afecto. La represión indicaría el destino del afecto (conversión, desplazamiento, aislamiento), mientras que la desmentida y la negación apuntarían directamente a la representación, que en la negación quedaría intacta, tan sólo neutralizada por la añadidura del símbolo de la negación, *no*<sup>25</sup>, mientras que en la desmentida resultaría rechazada, al menos por una parte del yo, que quedaría dividido, y este rechazo se llevaría a cabo por medio del fetiche.

Pero sigamos leyendo lo que escribe Freud en el punto en que nos habíamos quedado:

«Escotomización» [el término polémico propuesto por René Laforgue] me parece particularmente inapropiado porque evoca la idea de que la percepción se borraría de plano [...]. Pero en la situación que consideramos, por el contrario, parece que *la percepción permanece* y se emprendió una acción muy enérgica para sustentar su desmentida (Freud, 1927e:149, bastardillas mías).

Esta permanencia de la percepción es lo que llevó a Freud a discutir el término (y el concepto) de *escotomización*. Como dice Green, «el sujeto no cree lo que le informan sus ojos, pero lo hace justamente porque ve, y no porque estuviese ciego» (Green, 1993:237). Así pues, si hablamos de *Verleugnung* es porque el sujeto percibió y, en consecuencia, se defendió de lo percibido. En este sentido, el proceso presupondría una afirmación primordial (*Bejahung*) similar a la que Freud postula en el caso de la *Verneinung* (Freud, 1925h)<sup>26</sup>.

Si volvemos una vez más al texto, Freud concluye su definición con estas palabras: «En el conflicto entre el peso de la percepción indeseada y la intensidad del deseo contrario se ha llegado a un compromiso como sólo es posible bajo el imperio de las leyes del pensamiento inconsciente —de los procesos primarios—.» (Freud, 1927e:148-149. Bastardillas mías).

Tal «compromiso» es, en efecto, el resultado de un conflicto entre el deseo y una percepción indeseada, amenazante. En una estructura neurótica el conflicto se zanjaría por medio de la represión del deseo conflictivo y su retorno encubierto en forma de síntoma neurótico; en una psicosis, en cambio, la solución vendría de un esfuerzo por rechazar y luego sustituir (alucinatoriamente) la realidad hostil. En el caso que nos ocupa —el fetichismo— el compromiso se produce a través del objeto fetiche, un sustituto *simbólico* (no alucinatorio) del falo materno, que permite a la vez mantener la castración en un estado de semidesconocimiento (*ya lo sé, pero aun así... a mí no me afecta*)<sup>27</sup>, y continuar con la satisfacción prohibida de un modo que resulta mucho más económico que en una neurosis, por cuanto no hay que invertir esfuerzo de contrainvestidura para mantener la represión. En cualquier caso, el precio de una solución de este tipo radica en la *escisión del yo* (*Ichspaltung*), una parte del cual (el yo realidad definitivo) acepta el veredicto de la realidad (*ya lo sé...*), mientras que la otra parte (el yo-placer) desmiente (desconoce, se desentiende: *pero aun así, a mí no me afecta*) la realidad indeseada y puede mantener la satisfacción. Decimos que, con todo, el fetiche resulta económico

porque, aparte de ahorrarse gasto de represión, como explica Freud, «perdura como el signo del triunfo sobre la amenaza de castración y de la protección contra ella, y le ahorra al fetichista devenir homosexual, en tanto presta a la mujer aquel carácter por el cual se vuelve soportable como objeto sexual» (Freud, ob. cit.:149). Es por esto por lo que al comienzo del artículo, Freud no deja de señalar el carácter normalmente egosintónico y aconflictivo que presenta el síntoma para el fetichista, por más que racionalmente el sujeto pueda reconocerlo como una anormalidad, motivo por el que no suelen demandar ayuda terapéutica.

Este mismo proceso defensivo vuelve a describirlo con claridad suprema en 1938:

El yo del niño se encuentra, pues, al servicio de una poderosa exigencia pulsional que está habituado a satisfacer, y es de pronto aterrorizado por una vivencia que le enseña que proseguir con esa satisfacción le traería por resultado un peligro real-objetivo difícil de soportar [la castración]. Y entonces debe decidirse: *reconocer* [*anerkennen*] el peligro real, inclinarse ante él y renunciar a la satisfacción pulsional, o *desmentir* [*verleugnen*] la realidad objetiva, *instalarse en la creencia de que no hay razón alguna para tener miedo*, a fin de preservar así la satisfacción. [He aquí una sucinta pero clarísima definición de las consecuencias de la desmentida: instalarse en una creencia insensata de que no hay ningún peligro, actitud que además comporta un triunfo omnipotente sobre el *peligro* de la castración]. Es, por tanto, un conflicto entre la exigencia de la pulsión y el veto de la realidad objetiva. Ahora bien, el niño no hace ninguna de esas dos cosas, o mejor dicho, las hace las dos simultáneamente, lo que equivale a lo mismo. Responde al conflicto con dos reacciones contrapuestas, ambas válidas y eficaces. Por un lado, *rechaza* [*abweist*]<sup>28</sup> la realidad objetiva con ayuda de ciertos mecanismos [se refiere al desplazamiento que permite construir la ecuación inconsciente falo-fetiche], y no se deja prohibir nada; por el otro, y a renglón seguido, *reconoce* [*anerkennnt*] el peligro de la realidad objetiva, asume la angustia ante él como un síntoma de padecer y luego busca defenderse de él [con lo cual no se psicotiza] [...]. El resultado se alcanzó a expensas de una desgarradura en el yo que nunca se reparará, sino que se hará más grande con el tiempo. Las dos reacciones contrapuestas frente al conflicto subsistirán como núcleo de una *escisión del yo* (Freud, 1940e [1938]:275-276. Bastardillas y comentarios entre corchetes míos).

Estas reflexiones, tardías cronológicamente en la obra freudiana, son empero continuación y desarrollo de planteamientos anteriores. Recordemos la primera vez que Freud introduce el

mecanismo de la *Verleugnung* en relación a la castración, en *La organización genital infantil* (1923e). Allí afirma que cuando los niños tienen noticia de la falta de pene en las niñas... «Desconocen [*leugnen*] esa falta; *creen ver* un miembro a pesar de todo; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio mediante el subterfugio de que aún sería pequeño y ya va a crecer, y después, poco a poco, llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, de que sin duda estuvo presente y fue removido. La falta de pene es entendida como resultado de una castración» (*Ibid.*:147, bastardillas mías). Este texto es importantísimo pues plantea la desmentida al modo de una alucinación negativa de una percepción indeseada: no ven —*leugnen*— lo que hay, y en cambio *creen ver* lo que no hay. Advirtamos nuevamente que estamos en el ámbito de la *creencia*, del autoengaño, no de la alucinación positiva. El conflicto se zanja finalmente mediante una interpretación, una teoría acerca de lo percibido (Rosolato, 1968): primero la teoría de que es pequeño y crecerá, que aún mantiene la esperanza ilusoria, narcisista de la completud; más tarde la teoría de la castración como castigo por la masturbación prohibida, la cual permite la resolución del conflicto mediante la represión del deseo. Pero puede haber otras teorías explicativas y para comprobarlo es útil la comparación de este pasaje con el que aparece en el historial del *Hombre de los lobos*, en el que el joven paciente, ante visión semejante, *desautorizaba la idea* y se acogía a la teoría cloacal (es el *popó* de las niñas) propia de la fase anal (Freud, 1918b [1914]:23-24)<sup>29</sup>. Se trata, pues, de un modo de procesamiento de los datos procedentes de una percepción, procesamiento que involucra una toma de postura disociada: por un lado lo acepto, pero por otro lo desmiento; me entero, pero no me quiero enterar.

### La *Verleugnung* como alternativa a la represión. Introducción al concepto de *Aufhebung* en la obra freudiana

Como ya hemos anticipado, Freud (1927e) hace una referencia muy clara a este asunto cuando explica que el fetichismo le permite a la pulsión edípica alcanzar la satisfacción, lo que viene a representar un desenlace *alternativo* al considerado normal: el sepultamiento (*Untergang*) del complejo de Edipo.

El concepto de *alternativa a la represión* no debe ser confundido con el de *retorno de lo*

*reprimido*. Este último presupone que ha habido una represión y que la representación reprimida, desalojada de la tónica consciente, se las arregla para retornar convenientemente desfigurada a fin de eludir la censura. Es lo que ocurre en el sueño y en el síntoma neurótico. Lo característico del retorno de lo reprimido, desde el punto de vista metapsicológico, es que resulta considerablemente costoso por cuanto supone un gasto energético, primero de contrainversión (en la medida en que la represión se mantiene) y, segundo, por el trabajo continuado de elaboración (desfiguración, desplazamiento, aislamiento, etc.) que debe comportar si quiere seguir eludiendo la acción de la censura. Y este coste, sobre todo en el caso de la neurosis, es lo que empobrece e incluso paraliza al yo. Tal como explica Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, lo característico del síntoma neurótico, sea producido por represión, por desplazamiento, por aislamiento obsesivo o incluso por anulación retroactiva, es que la satisfacción sustitutiva —que es la base de todo síntoma neurótico— se mantenga convenientemente alejada de la descarga por la motilidad, esto es, que no se le permita transponerse en acción sobre el mundo, o bien que ésta sea mínima, penosa (conversión histérica, ritual obsesivo) y muy alejada de lo que significaría una descarga pulsional. Esto es típico de toda neurosis y, como señala Freud, en la obsesiva conduce muchas veces a la parálisis del sujeto.

En cambio, *la alternativa* a la represión supone un modo de desenlace que se las arregla para lograr una verdadera *descarga* pulsional, sin perjuicio de que el proceso transcurra más o menos velado por una cierta inconsciencia o *desconocimiento*. Naturalmente ello presupone que en este caso la defensa no actúa sobre la pulsión misma o sus representantes, sino alterando la percepción de la realidad, lo que le permite al yo eludir las posibles consecuencias que podrían derivarse de la satisfacción pulsional y, por lo tanto, ahorrarse la represión. En estas condiciones, la descarga pulsional es posible. Este proceso en virtud del cual el yo apela a una defensa alternativa a la represión puede ser estructural, como en la psicosis o en una perversión —situaciones en las que vemos funcionar de forma estable defensas como la *Verwerfung* o la *Verleugnung*—, o producirse de forma puntual. En estos casos en que la descarga es puntual el proceso comporta un *levantamiento* (*Aufhebung*) de la represión, tal como Freud señala magistralmente en *La negación*. Ejemplos de descarga pulsional por levantamiento puntual de la represión serían, aparte de la propia negación, la risa

del chiste<sup>30</sup>, el gozo que experimentamos ante un flagrante acto fallido en el que queda en evidencia una intención que se deseaba ocultar, y ya en el terreno de la clínica una actuación, un pasaje al acto (*agieren*); son situaciones que el sujeto vive como un alivio energético de carácter normalmente placentero. Por el contrario, el uso sistemático o estructural de la desmentida como alternativa a la represión lo observamos normalmente en el ámbito de la patología, y el ejemplo más claro lo encontramos en ciertas actuaciones perversas o psicopáticas, y también en las de los fronterizos.

Freud comenzó a percatarse de este fenómeno en forma de resistencia transferencial en *Recordar, repetir y reelaborar* (1914g), donde escribe que «el analizado no recuerda [*erinnere*], en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa* [*agiere*]. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo *repite* [*wiederholt*], sin saber [*ohne (...)* *zu wissen*], desde luego, que lo hace» (*Ibíd.*:152. Bastardillas de Freud). Este levantamiento de la represión que permite la liberación de la moción pulsional aun conservando el desconocimiento — «sin saber que lo hace» — conviene diferenciarlo de aquellas conductas guiadas por una compulsión de repetición *más allá* del principio del placer (Braier, 2001; 2009), conductas que suelen ser compulsivas y que normalmente sugieren una deficiente instauración de la represión. Por consiguiente, no es que esta sea levantada (*aufgehoben*) puntualmente a fin de aligerar económicamente el aparato, caso del chiste o de la negación, es que la represión como estructura falla por su base y, en consecuencia, la pulsión campa por sus destinos.

Y hablando de destinos, vale la pena recordar que esta cuestión que estamos analizando tiene una estrecha relación con el tema tratado en *Pulsiones y destinos de pulsión* (Freud, 1915c)<sup>31</sup>. Pues bien, en esta obra clave de la metapsicología, Freud establece cuatro posibles destinos para la pulsión, a saber: el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la persona propia, la represión y la sublimación. Sabemos que los dos primeros —que André Green (1966; 1967) agrupa bajo la denominación de «doble trastorno»— se relacionan directamente con la perversión, en tanto tratan del sadomasoquismo y del voyeurismo-exhibicionismo. Ambos suponen *destinos alternativos* con respecto al destino pulsional por antonomasia que es la represión y, por lo tanto, *formas alternativas de descarga*, atajos que le permiten a la pulsión alcanzar su meta, bien a través de la vuelta sobre el sujeto o bien convertida en lo contrario. Por consiguiente —aunque Freud no lo explicita—, hemos de suponer que se encuentran

en la misma órbita que los procesos que estamos estudiando. Así las cosas, el problema de los destinos de la pulsión queda simplificado de la siguiente manera: la pulsión sexual pregenital puede o bien sufrir el destino de la represión, lo cual supone una imposibilidad de alcanzar directamente la meta de la satisfacción, quedando únicamente la posibilidad del retorno de lo reprimido que permite una satisfacción indirecta a través del síntoma neurótico; o bien puede —mediante cancelación (*Aufhebung*) de la represión— dirigirse libremente hacia la meta y lograr la satisfacción directa a través de la descarga, caso que admite solamente dos opciones que son a su vez alternativas entre sí: la descarga directa, perversa, o bien la descarga desexualizada, sublimada. Es cierto que Freud admitió una salida intermedia cuando habló de pulsiones de meta inhibida, que son aquellas pulsiones sexuales cuyo destino les permite alcanzar una satisfacción atenuada a través de la ternura.

Esta dicotomía entre la represión, el destino pulsional generador de la neurosis, y las posibilidades que eventualmente puede tener la pulsión de eludir la represión y buscar vías alternativas que le permitan acceder a una satisfacción directa, es un clásico en la obra freudiana, una de esas cuestiones que siempre preocuparon a Freud y, más allá de la clínica, le llevaron a establecer su teoría de la cultura: desde *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna* (1908d) hasta *El malestar en la cultura* (1930a [1929]), siempre entendió el fenómeno de la cultura como el resultado de un delicado equilibrio entre la represión/sofocación<sup>32</sup> de la pulsión y ciertas *alternativas* valiosas para la civilización, como la sublimación.

Por otro lado, ya hemos mencionado el chiste y el acto fallido, como ejemplos tomados de la psicopatología de la vida cotidiana; en ambos casos, el mecanismo es descrito como un levantamiento de la represión. Por lo que respecta a la clínica, la preocupación de Freud por buscar alternativas a la represión se remonta a los años de las *Neuropsicosis de defensa* (Freud, 1894a; 1896b), en donde contraponen la represión a la *Verwerfung*, ocasionadora de la psicosis (Sales, 2009). A partir de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), en donde se olvida temporalmente de las psicosis, la dicotomía quedará establecida entre sublimación y perversión, los dos destinos pulsionales que podemos considerar *alternativos* a la represión.

Ya en la segunda mitad de la década de 1920 esta preocupación por buscar mecanismos alternativos o atajos a la represión, o bien formas de

cancelación de la misma, fue lo que le llevó a definir por un lado la negación (*Verneinung*), y por otro —lo que se ha revelado como la novedad más importante tras la segunda tópica—, la desmentida (*Verleugnung*) con su correlato de escisión del yo (*Ichspaltung*).

### «Die Verneinung und Verleugnung». Semejanzas y diferencias

Sabemos que el título del manuscrito original del artículo *La negación* rezaba «Die Verneinung und Verleugnung», figurando las dos últimas palabras tachadas por la mano de Freud<sup>33</sup> (Sales, 2009). Ello puede querer decir dos cosas, o bien que se proponía hacer un estudio comparativo de ambos conceptos o, lo que parece más probable, que aún los consideraba como términos del alemán sinónimos o superponibles, y no fue hasta dos años después, en *El Fetichismo*, cuando estableció una definición oficial, diferenciadora tanto de represión como de negación, para el concepto de *Verleugnung*.

Son de sobras conocidos los líos terminológicos que ha ocasionado la traducción de ambas palabras (Hanns, 1996; Sales, 2009), y es que, de hecho, en alemán tienen un significado muy similar. *Verneinung* es el sustantivo del verbo *verneinen*, que significa *negar* y *denegar*, aunque en alemán queda muy claro que tal negación tiene un matiz de rebatir algo a través del *no* (*Nein*). Como se ha afirmado en tantas ocasiones (Lacan, 1954; 1955; 1956; Hyppolite, 1954), la locución *Verneinung* se contrapone a *Bejahung* (afirmación), que podría traducirse como acción de decir *sí* (*Ja*).

En cambio, *Verleugnung* es otra forma de *negación* que conlleva un matiz de *rechazo*, *repulsa*, *denegación* o *repudio* y significa más claramente, sobre todo en su forma verbal —*verleugnen*—, *desmentir*, *renegar*, *rehusar* e incluso *desconocer* (Hanns, 1996). De hecho, las dos primeras acepciones son las más usuales en nuestras traducciones al uso. Ahora bien, el verbo *verleugnen* incluye el radical *leugnen* (que Freud también emplea), que significa *negar*, *desmentir*, *cuestionar la veracidad*, y ello le otorga al término alemán un punto de ambigüedad entre lo que es verdad y lo que es mentira, entre el reconocer y el cuestionar algo que, por otro lado, resulta evidente o perceptible. Como explica Hanns (1996), el término *verleugnen* implica la idea de «negar la presencia-existencia» de algo, aún sabiendo que lo negado existe y está presente. Es evidente que este matiz lingüístico aproxima este término al también muy usado por Freud, *Ablehnung* (*desautorización*

en la traducción de Etcheverry), al que ya nos hemos referido más arriba y en otro contexto (Sales, 2009), así como a *Verwerfung*, que tiene un sentido más cercano al *rechazo* y a la *expulsión afuera*.

Así pues, las similitudes semánticas y connotativas que existen entre *Verneinung* y *Verleugnung* explican perfectamente que durante años Freud apelara a ellas utilizándolas como sinónimos o bien de forma intercambiada o indiscriminada. Uno de los muchos ejemplos de este uso intercambiado lo encontramos en el siguiente texto de la *Psicoterapia de la histeria*, en el que habla de *Verleugnung* pero a todas luces se refiere a la *Verneinung*:

Al recuerdo patógeno se lo discierne, pues, entre otros rasgos distintivos, por el hecho de que los enfermos lo tildan de inessential y lo enuncian sólo con resistencia. Hay también casos en que el enfermo todavía procura *desmentirlo* [*zu verleugnen*] en su retorno: «Ahora se me ha ocurrido algo, pero es evidente que usted me lo ha insinuado», o «Yo sé lo que usted espera de esa pregunta. Sin duda cree que he pensado en esto o estotro». Una manera particularmente lista de la *desmentida* [*Verleugnung*] consiste en decir: «Es cierto que ahora se me ha ocurrido algo, pero se me antoja que tal vez yo lo he agregado arbitrariamente» (Breuer y Freud, 1893-95:286, bastardillas mías).

Otro antecedente de la *Verneinung* lo hallamos en las reiteradas negaciones del Hombre de las Ratas en su intento de desconocer su deseo parricida —según el paciente, se trataba solamente de una asociación casual, una simple «conexión de pensamiento [*Denkverbindung*]»—, y la réplica de Freud: «Si no era un deseo, ¿por qué la revuelta?» (Freud, 1909d:142). En nota al pie, Freud comenta:

La conciencia de culpa contiene la contradicción [*Widerspruch*] más manifiesta a su inicial «No» [*Nein*] (que *nunca* tuvo el mal deseo contra el padre). Es este un tipo frecuente de reacción frente a lo *reprimido que devino notorio* [*bekanntgewordene*], a saber, que al primer «No» de la *desautorización* [*Nein der Ablehnung*] le siga enseguida la corroboración, al comienzo indirecta (*Ibid.*:145, bastardillas mías).

Esta cita conlleva otro antecedente de la *negación* y un ejemplo de uso indiscriminado de los términos *desautorización*, *negación* y *contradicción*, utilizados como sinónimos. Por otro lado, es interesante constatar que esta *desautorización de la negación* viene a ser una

*negación de la negación*, en el sentido más hegeliano, tal como Hyppolite (1954) nos mostró en su célebre *Comentario*.

También encontramos ejemplos de la confusión contraria, esto es, ocasiones en las que utilizando el término *Verneinung*, lo que está describiendo en realidad es un fenómeno tipo *Verleugnung*. El más llamativo de estos ejemplos lo encontramos en el propio artículo *Die Verneinung*, de 1925, en una nota al pie de la página 254. La nota, que pretende ilustrar el proceso de aceptación intelectual de lo reprimido con persistencia de la represión, dice así:

Ese mismo proceso está en la base del hecho conocido de la invocación: «¡Qué suerte que hace tanto tiempo que no tengo mis jaquecas!»: he ahí el primer anuncio del ataque que se siente inminente, pero en el cual *no se quiere creer* [*nicht glauben will*] (Freud, 1925h:254, bastardillas mías).

He aquí un ejemplo de *desmentida* y no de *negación*. Para que fuera *negación*, la formulación hubiera debido ser más o menos la siguiente: «Estoy empezando a sentir una molestia, pero seguramente *no* es una de mis jaquecas». La distinción es sutil pero clara y esencial: en el caso de la *desmentida* permanece la ambigüedad, el *sí pero no*, el *no querer creer* en algo que es evidente (la inminencia de la jaqueca), mientras que en la *negación* predomina la seguridad del *no* rotundo, el sentimiento casi psicótico de certeza.

Por otra parte, en *Fetichismo* escribe: «[...] el varoncito rehusó [*geweigert*]<sup>34</sup> darse por enterado [*zur Kenntnis zu nehmen*] de un hecho de su percepción, a saber que la mujer no posee pene. No, eso no puede ser cierto [...]» (Freud, 1927e:148). Aquí, aunque utiliza una terminología similar a la de *La negación* —«rehusó, se resistió a darse por enterado»—, lo que en realidad sucede es que el varoncito está rehusando *creer* (*glaube*)<sup>35</sup> en un dato *procedente de la percepción*, tal como el jaquecoso rehúsa creer en un dato procedente de su percepción intrasomática. En el fondo, se resiste a creer —desmiente— algo que le desagrada o le angustia. El énfasis en la creencia (Mannoni, 1963), en el dar o no crédito a lo que se percibe, es lo que diferencia la *desmentida* de la *negación*, que es un juicio más cercano en eso al rechazo tajante: «No, esa no es mi madre, eso lo piensa usted». «Es el rechazo [*Abweisung*], por proyección —escribe Freud—, de una ocurrencia que acaba de aflorar» (Freud, 1925h:253). De hecho, la diferencia es sutil, pero significativa.

## *Verleugnung, Verneinung* y *Verdrängung* y su relación con lo *Unheimliche*

Después de todo lo que venimos desarrollando, podemos llegar a la conclusión de que, en definitiva, lo que vino a descubrir Freud es que una cosa puede estar delante de nuestros ojos y éstos no verla, y no solamente por ceguera histórica sino también por una disolución de nexos que conduce a una suerte de desconocimiento.

Ahora bien, al comienzo de la historia del psicoanálisis, esa *cosa* que puede ser vista, incluso dicha, sin tomar conciencia de ella era, naturalmente, la sexualidad, la «*chose génitale*», en palabras de Charcot. En etapas posteriores, a partir de la introducción del narcisismo y sobre todo del giro de la década de 1920, Freud tomó en cuenta otras realidades que pueden resultar igualmente conflictivas o traumáticas para el yo, ante las cuales también éste puede desarrollar un proceso de no querer ver (la muerte, ciertos duelos, las heridas narcisistas, etc.). Incluso pudo indicar que si la *sexualidad* estaba afectada por semejante tabú era en la medida en que remitía a la diferencia de los sexos, verdadero *imposible* para el narcisismo humano (McDougall, 1982). Pero si nos situamos en las décadas finales del siglo XIX, se podría decir que el psicoanálisis nació cuando Freud se dio cuenta, esto es, tomó conocimiento de esa *cosa* —entonces sexual— que estaba a la vista de todos y, no obstante, le costaba tanto de ver incluso a él mismo. Porque, como tantos otros descubrimientos, también éste lo realizó en sí mismo. Así lo reconoce en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914d) y en *Presentación autobiográfica* (1925d [1924]), artículos en los que explica cuál fue el proceso que le permitió a él mismo abrir los ojos ante el problema. Aunque esta historia se ha comentado en numerosas ocasiones, me gustaría considerarla de nuevo.

Como sabemos, Freud se remonta a los orígenes del psicoanálisis y a sus inferencias acerca del papel de la sexualidad en la génesis de las neurosis. «A partir de los *Estudios sobre la histeria* —escribe en *Presentación autobiográfica*— no se habría podido colegir con facilidad el valor de la sexualidad para la etiología de las neurosis» (Freud, 1925d [1924]:22). Se refiere en efecto a que, en el caso Anna O., Breuer no veía el elemento sexual por ningún lado y fue él quien se lo hizo notar, lo que le acarreó un «indignado rechazo» [*unwilligen Abhlenung*] (Freud, 1914d:12), por parte del maestro; rechazo que pronto se generalizó a su

medio social y profesional, a causa de sus opiniones acerca del papel que otorgaba a la sexualidad en la etiología de las neurosis.

Me sirvió de consuelo pensar que había empeñado batalla a favor de una idea nueva y original. Pero es el caso que un día se agolparon en mí ciertos recuerdos que me estorbaron esa satisfacción y me abrieron una buena perspectiva sobre los procesos de nuestra actividad creadora y la naturaleza de nuestro saber. Esa idea, por la que se me había hecho responsable, en modo alguno se había engendrado en mí. Me había sido transmitida por tres personas cuya opinión reclamaba con justicia mi más profundo respeto: Breuer mismo, Charcot y el ginecólogo de nuestra universidad, Chrobak, quizás el más eminente de nuestros médicos de Viena. Los tres me habían transmitido *una intelección que, en todo rigor, ellos mismos no poseían*. Dos de ellos desmintieron [*verleugneten*] su comunicación cuando más tarde se las recordé; el tercero (el maestro Charcot) probablemente habría hecho lo propio de haber podido yo volverlo a ver. En mí, en cambio, esas tres comunicaciones idénticas, que *recibí sin comprender*, quedaron dormidas [*geschlummert*]<sup>36</sup> durante años, hasta que un día despertaron [*erwachten*] como un conocimiento original (*Ibíd.*:12-13, bastardillas mías).

Cuando Freud dice que las tres comunicaciones «quedaron dormidas» en él hasta que un día «despertaron como un conocimiento original» se refiere sin duda a que las reprimió y posteriormente retornaron, pero lo expresa de un modo que parece estar hablando en los términos que eran típicos de los fenómenos hipnóticos, incluso estar aludiendo a un fenómeno posthipnótico. Pues bien, las tres ocasiones son muy conocidas: Breuer, refiriéndose a una paciente neurótica, le dijo que en las causas de estos problemas había que buscar «siempre» *secretos de alcoba*. «Atónito —continúa Freud—, pregunté qué quería decir eso, y él me aclaró la palabra “alcoba” (“el lecho matrimonial”) porque no entendía que la cosa pudiera parecerme tan inaudita». Assoun (1993) hace notar la necesidad de Freud de hacérselo repetir, la dificultad de escuchar, de captar algo que al otro le parece evidente, que va de suyo. Lo que hay aquí es, evidentemente, un fenómeno de desmentida, cercano a una alucinación negativa: algo se impone a la percepción del sujeto y éste no lo capta o se defiende de tal captación. Breuer habla de «secretos», de algo a la vez oculto y familiar, pero que a Freud le despierta un sentimiento de asombro y extrañeza (*das Unheimliche*)<sup>37</sup>. Por otro lado, cuando Breuer insiste, lo hace nuevamente con una alusión, sin

nombrar directamente la cosa de la que habla: de «alcoba», pasa a «lecho conyugal», metáforas propias de un lenguaje «afelpado» (Assoun, ob.cit.), lenguaje hipócrita, muy propio de la Viena fin-de-siglo.

La siguiente ocasión fue años después, en presencia de Charcot, quien ante el relato de un caso semejante, se pronunció con estas palabras: «*Mais dans des cas pareils c'est toujours la chose génitale, toujours... toujours... toujours!*». Freud se quedó atónito de nuevo: «Se apoderó de mí un asombro casi paralizante y me dije: Y si él lo sabe, ¿por qué nunca lo dice?». Reparemos nuevamente en el «*toujours*», repetido varias veces, que coincide con el «siempre» de la afirmación de Breuer y a su vez contrasta con el «si lo sabe, ¿por qué *nunca* lo dice?» de Freud. Luego señala que la escena *se le olvidó* pronto.

Aquí Assoun (ob. cit.) señala claramente la desmentida de Freud, pues en esta ocasión, a diferencia del lenguaje «afelpado» y alusivo, hipócrita en definitiva, de Breuer, Charcot lo *dice* bien claro y por tres veces. Es Freud el que no lo recoge. Nuevamente una alucinación negativa, un desconocimiento, que luego fue seguido, como él mismo reconoce, por un olvido (una nueva represión). Está claro que, en un nivel racional, cuando Freud se pregunta por qué Charcot no lo *dice* si lo *sabe*, lo que trata de expresar es esto: ¿Por qué lo dice con hipocresía, como de tapadillo, en privado, y no lo proclama? ¿Por qué no lo teoriza? De hecho, Charcot lo *dice* pero en el fondo *no lo sabe*, en el sentido de que no es consciente de las consecuencias de lo que dice saber<sup>38</sup>; en todo caso, lo dice con la banalidad de quien cuenta un chiste<sup>39</sup>.

El tercer maestro fue Chrobak, de quien Freud era a la sazón alumno interno. Ante un caso de neurosis de angustia en una mujer, relacionada con la impotencia del marido, Chrobak no tuvo dudas: la única receta para una enfermedad así, dijo:

«nos es bien conocida [*wohlbekannt*], pero no podemos prescribirla». Sería:

*Rp. Penis normalis*  
*Dosis*  
*Repetatur!*

En esta ocasión el efecto de chiste resulta evidente. Pero en vez de reír la gracia, Freud estalla en indignación y habla directamente de cinismo. Y añade una reflexión que viene a explicitar el «y si lo sabe, por qué no lo dice»:

Sé que una cosa es expresar una idea una o varias veces en la forma de un *aperçu* pasajero, y otra muy

distinta tomarla en serio, al pie de la letra, hacerla salir airosa de cada uno de los detalles que le oponen resistencia y conquistarle un lugar entre las verdades reconocidas. Es la diferencia entre un amorío ocasional y un matrimonio en regla (*Ibid.*:14).

Ante el levantamiento (*Aufhebung*) abrupto de la represión caben dos posibles reacciones<sup>40</sup>: la risa si se trata de un chiste, risa que supone una descarga pulsional y, en tanto tal, una desactivación del posible conflicto —he ahí el efecto beneficioso del humor—; o bien el sentimiento de lo ominoso, la angustia ante lo siniestro. Está claro que Freud elude tomarse a broma la cuestión y, en consecuencia, experimenta el sentimiento de lo ominoso para, a continuación, como hemos visto, reprimir la escena. Años más tarde, en contacto con la histeria, se producirá el retorno de lo reprimido en forma de aparente descubrimiento.

Cuando páginas arriba Freud nos informa de que al menos dos de los maestros *desmintieron* lo sucedido cuando él se lo recordó, es evidente que aquí la expresión más acertada hubiera sido que *lo negaron*, en sentido de la *Verneinung*; lo mismo que cuando un analista interpreta un sueño y el paciente responde: «No, de ninguna manera, esa persona no es mi madre». Por ahí constatamos de nuevo la diferencia de *die Verneinung* con *die Verleugnung*, más cercana siempre a una alucinación negativa ante algo ominoso que se impone. Es lo que experimenta Freud: «En aquel momento yo no comprendí [en virtud de una desmentida] lo que esas autoridades querían decir; me habían dicho más de lo que ellas mismas sabían y estaban dispuestas a sustentar» (Freud, 1925d [1924]:23). Este *no estar dispuestos a sustentar* lo que Freud les atribuye sugiere que ellos sabían perfectamente de lo que hablaban, mas hacían ver que no se enteraban. De ahí el cinismo que Freud les atribuye, o al menos la hipocresía. Por lo tanto, la de los maestros sería otra forma de *Verleugnung*, en la que sí funciona adecuadamente la escisión del yo: *lo sé, pero no estoy dispuesto a sustentarlo*<sup>41</sup>.

Así pues, en los tres ejemplos puede apreciarse que no estamos ante una represión, en el sentido de algo que está *olvidado* en la tónica del inconsciente. Se trata de esa otra forma de *desconocimiento* por disolución de nexos, de la que Freud tuvo noticia muy temprano pero que solamente alcanzó a teorizar en *La negación*. La reacción de los maestros ante la evidencia de la cosa sexual es de desmentida casi perversa (o al menos cínica): la veo pero no la quiero ver (escisión del yo); la cosa está ahí delante de los ojos, pero no la queremos tomar en consideración, «no podemos prescribirla»

(teorizarla) en la expresión de Chrobak. Está claro que hay mucho de doble moral en todo esto. Podemos coquetear con ella si queremos, divertirnos un rato si se presta, pero no nos podemos comprometer con ella en un matrimonio formal. En todos los casos ocurre como en la negación: hay levantamiento (*Aufhebung*) de la represión sin que ello implique aceptación de la cosa. Nos movemos en el terreno de lo desmentido-denegado; lo desconocido, no reconocido... aunque sabido. ¡Cuántos análisis ven mermada su eficacia a causa de la prevalencia de la desmentida que le permite al analizando hacer ver que escucha, incluso que entiende una determinada interpretación, para a continuación desconocerla y no verse afectado por ella! Efectivamente, lo que le entra por un oído le sale por el otro.

La reacción del joven Freud, en cambio, lejos de ser de frivolidad es más bien de estupor, de escándalo; se queda *atónito*, experimenta algo ominoso. «Lo que de ellas escuché —continúa— permaneció dormido sin producir efecto alguno [quedó reprimido], hasta que se abrió paso [retorno de lo reprimido], como conocimiento en apariencia original, en oportunidad de las indagaciones catárticas» (Freud, 1925d [1924]:23). Quiere esto decir que, en ocasiones, ante la evidencia de una realidad que resulta traumática, el yo no reacciona con alucinación negativa ni con desmentida y escisión. En esos casos lo que se produce es el sentimiento de lo ominoso, que puede —o no— ir seguido de una represión. Y esta represión, cuando se produce, puede resultar enriquecedora siempre que la pulsión tome el destino sublimatorio y el material reprimido pase a ser adecuadamente elaborado en la tónica del inconsciente, de manera que en su retorno devenga creativo.

Freud relata en *Lo ominoso* (1919 h: 237) un episodio en que se extravió en una ciudad desconocida y por tres veces fue a parar sin querer al barrio chino, con el consiguiente sentimiento de ominosidad. Esta experiencia recuerda los tres reencuentros con la cosa a partir de los maestros, hasta que por fin lo reprime. Hace referencia en ese caso al «permanente retorno de lo igual» como factor de lo ominoso. Es el retorno perceptivo de aquello que debe permanecer oculto (reprimido). Según la definición de Schelling, que a Freud le gustaba citar, cuando lo que debe permanecer oculto retorna, y no hay defensa ante ello o nos pilla desprevenidos, sentimos lo siniestro. Un modo de defensa ante esta forma de angustia es entonces no verlo, desmentirlo, la alucinación negativa. Es sabido que la otra forma de reaccionar ante lo oculto

que queda descubierto despreviamente —mediante levantamiento (*Aufhebung*) de la represión— es el efecto cómico, la risa. Freud podría haberse tomado con humor el incidente, pero en ese caso es probable que el tema hubiera transcurrido sin pena ni gloria, como ocurre cuando ciertos pacientes de análisis desactivan, por medio de una carcajada, una interpretación exitosa, que ha levantado la represión. El *tomarse las cosas a risa*, como suele decirse, en la medida en que implica una *Aufhebung* con la correspondiente descarga pulsional, puede muy fácilmente ponerse al servicio de la desmentida y el desconocimiento.

Es notable que en sus incursiones autobiográficas, Freud nos da siempre de sí mismo una imagen de persona seria y circunspecta. En el mismo texto, Freud nos relata otros ejemplos de un retorno de lo igual desde la realidad y mediante lo perceptivo: una determinada y concreta realidad se impone indefectiblemente y le causa extrañeza y ominosidad. Es el ejemplo del 62, cifra que se encontró en un mismo día en varias ocasiones distintas: el número de la habitación de un hotel, el número de camarote, el número del billete de guardarropía, etc. Freud, que era supersticioso, tenía entonces 62 años y pensó que eso significaba que la fecha de su muerte estaba cerca. Un paranoico hubiera proyectado esa intencionalidad afuera. Así pues, la defensa ante la hiperpresencia ominosa de una realidad puede ser diversa: 1º atribuirle una intencionalidad de modo paranoico, 2º tomarla con humor o tramitarla en forma de chiste, 3º desmentirla y escindirla: hacer como que no la veo, con lo cual puedo manejarla con frivolidad; es el caso del perverso o del cínico, de la doble moral, y 4º solamente el neurótico (el supersticioso) es impactado y experimenta angustia. Digamos que el Freud neurótico de sus comienzos, aquél que reaccionaba con estupor ante las chanzas de sus maestros, conforme se enseñoreó del problema fue capaz de tramitarlo de forma sublimatoria, lo que le permitió realizar sus descubrimientos analíticos, y sólo entonces pudo apelar a la ironía, al chiste y al humor. De ahí nacieron la *Psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste y su relación con lo inconsciente*, pero también todo el resto de su creación teórica.

**Luis Sales Alloza**

Avda. de Xile, 38, 11 4ª  
08028 Barcelona  
Tf. 934484070

## Bibliografía

- ASSOUN, P.-L. (1993). *Introducción a la metapsicología freudiana*. Buenos Aires: Paidós.
- (1994). *El fetichismo*. Buenos Aires: Nueva visión.
- AULAGNIER, P. (1966). La perversión como estructura. En VV. AA. (2000). *La perversión*. Buenos Aires: Editorial Trieb.
- BION, W.R. (1967). *Volviendo a pensar*. Buenos Aires: Ediciones Hormé S.A.E.
- (1970). *Attention and interpretation*. Londres: Tavistock.
- BRAIER, E. (2000). *Gemelos. Narcisismo y dobles*. Buenos Aires: Paidós.
- (2001). Destructividad y repetición. *Revista Intercanvis, papers de psicoanàlisi*, nº 7, noviembre de 2001.
- (2009). *Hacer camino con Freud*. Buenos Aires: Lugar Editorial, 2009.
- FREUD, A. (1936). *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Paidós.
- FREUD, S. (1893-95) *Estudios sobre la histeria* (En colaboración con Breuer). En S. FREUD. *Obras Completas (OC)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, vol. 2.
- (1894a). *Las neuropsicosis de defensa*, en OC, vol. 3.
- (1896b). *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, en OC, vol. 3.
- (1901b). *Psicopatología de la vida cotidiana*, en OC, vol. 6.
- (1905c). *El chiste y su relación con lo inconsciente*, en OC, vol. 8.
- (1905d). *Tres ensayos de teoría sexual*, en OC, vol. 7.
- (1908d). *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna*, en OC, vol. 9.
- (1909d). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el Hombre de las Ratas)*, en OC, vol. 10.
- (1914c). *Introducción del narcisismo*, en OC, vol. 14.
- (1914d). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, en OC, vol. 14.
- (1914g). *Recordar, repetir y reelaborar*, en OC, vol. 12.
- (1915b). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, en OC, vol. 14.
- (1915c). *Pulsiones y destinos de pulsión*, en OC, vol. 14.
- (1915d). *La represión*, en OC, vol. 14.
- (1916-1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en OC, vol. 16.
- (1917e [1915]). *Duelo y melancolía*, en OC, vol. 14.
- (1918b [1914]). *De la historia de una neurosis infantil*, en OC, vol. 17.
- (1919h). *Lo ominoso*, en OC, vol. 17.
- (1921c). *Psicología de las masas y análisis del yo*, en OC, vol. 18.
- (1923b). *El yo y el ello*, en OC, vol. 19.
- (1923e). *La organización genital infantil*, en OC, vol. 19.
- (1925d [1924]). *Presentación autobiográfica*, en OC, vol. 20.
- (1925h). *La negación*, en OC, vol. 19.
- (1926d [1925]). *Inhibición, síntoma y angustia*, en OC, vol. 20.
- (1927e). *Fetichismo*, en OC, vol. 21.
- (1930a [1929]). *El malestar en la cultura*, en OC, vol. 21.
- (1933a [1932]). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en OC, vol. 22.



- (1936). *Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)*, en *OC*, vol. 22.
- (1937c). *Análisis terminable e interminable*, en *OC*, vol. 23.
- (1940a [1938]). *Esquema del psicoanálisis*, en *OC*, vol. 23.
- (1940e [1938]). *La escisión del yo en el proceso defensivo*, en *OC*, vol.23.
- (1950 [1895]). *Proyecto de psicología*, en *OC*, vol. 1.
- GRANEL, J. (2009). *Teoría psicoanalítica del accidentarse*. Buenos Aires: Letra Viva.
- GREEN, A. (1966-67). El narcisismo primario: estructura o estado. En *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- (1990a). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- (1993) *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- HANNS, L.A. (1996). *Diccionario de términos alemanes de Freud*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.
- HYPPOLITE, J. (1954). *Comentario hablado sobre la Verneinung de Freud*. En J. LACAN. *Escritos 2*. Madrid: Siglo XXI.
- LACAN, J. (1954). Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud. En *Escritos*. Madrid: Siglo XXI.
- (1953-54). *Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós, 1975.
- LUTENBERG, J. (2007). *El vacío mental*. Lima: Siklos S.R.L.
- MACDOUGALL, J. (1982). *Teatros de la mente. Ilusión y verdad en el escenario psicoanalítico*. Madrid: Julián Yébenes S.A.
- MALDAVSKY, D. (1980). *El complejo de Edipo positivo: constitución y transformaciones*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- (1992). *Teoría y clínica de los procesos tóxicos-Adicciones, afecciones psicósomáticas, epilepsias*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- (1994). *Pesadillas en vigilia. Sobre neurosis tóxicas y traumáticas*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- MANNONI, O. (1963). «Ya lo sé, pero aun así...». En *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- MARUCCO, N. (1998). *Cura analítica y transferencia. De la represión a la desmentida*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- RABINOVITCH, S. (1996). *Encerrados afuera. La preclusión, un concepto lacaniano*. Barcelona: Ediciones Serbal.
- ROSOLATO, G. (1968) Estudio de las perversiones sexuales a partir del fetichismo. En VV. AA. *El deseo y la perversión*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- SALES, L. (2000) Duelo y trauma. En VV. AA. *El narcisismo a debate*. Barcelona: Prodisa S.L.
- (2009) Verwerfung und Verleugnung, o el más allá de la represión en Freud. *Intercanvis, papers de psicoanàlisi*, nº 22. Barcelona.
- ZUKERFELD, R. (1992) *Acto bulímico, cuerpo y tercera tópica*. Buenos Aires: Paidós.
- (1999) *Psicoanálisis, tercera tópica y vulnerabilidad somática*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

## Notas

1. Forma sustantivada del verbo *dementieren*, literalmente «desmentir», «dar un mentís».
2. Antes aún, en *Nuestra actitud hacia la muerte* (1915b), hallamos numerosas referencias a la desmentida de la realidad de la muerte, tanto en la cultura actual como en la de los hombres primitivos.
3. Obsérvese que donde en la traducción de Etcheverry leemos «instancia» a secas, contrapuesta al «resto del yo», en el original alemán figura «instancia crítica», una referencia inequívoca al futuro superyó. Es de justicia señalar que López Ballesteros no comete este desliz y traduce «instancia crítica».
4. Creo que hay base en Freud para postular la escisión del yo como el elemento central de la segunda tópica, si tomamos en consideración cuán precozmente introduce esta noción. De hecho, ya en *Duelo y melancolía* (Freud, 1917e [1914]) había hecho clara referencia a ella y, desde luego, en *Psicología de las masas* (1921c), *El yo y el ello* (1923b), *Nuevas conferencias* (1933a [1932]) y *Análisis terminable e interminable* (1937c) la alusión al tema es clarísima. Por otro lado, cabe pensar que esta precoz introducción del concepto de escisión del yo, tan alejada en el tiempo del artículo *oficial* que dedicó al tema en 1938 (*La escisión del yo en el proceso defensivo*), explica la primera frase con la que el anciano Freud comienza este último: «Por un momento estoy en la interesante situación de no saber si lo que voy a comunicar ha de apreciarse como algo hace tiempo consabido y evidente, o como algo nuevo por completo sorprendente» (Freud, 1940e [1938]: 275). A pesar de todo, hay autores como Marucco (1998) y Zukerfeld (1992 y 1999) que sugieren la necesidad de postular una *tercera tópica* nucleada en torno a las nociones de desmentida y escisión del yo.
5. Como no podía ser de otra manera, el tema de la *Verleugnung* y de la *Ichspaltung* ha despertado gran interés en numerosos autores, lo que supone una abultada bibliografía. Aulagnier (1966), Rosolato (1968) y Assoun (1994) tienen magníficos trabajos sobre el fetichismo y la estructura de las perversiones. El artículo de Mannoni (1963) sobre la relación entre *Verleugnung* y creencias es un clásico en su género. Por lo demás, Maldavsky (1980, 1992 y 1994), Marucco (1998), Green (1990 y 1993), Zukerfeld (1992 y 1999) y Braier (2000) son también referencias ineludibles.
6. Tanto *Unbekannt* como *Unerkannt* significan *desconocido*, aunque *Unbekannt* admite también la acepción de *ignoto* y *extraño*.
7. Recordemos que en la paranoia el doble está proyectado en el mundo y aparece normalmente como objeto perseguidor.
8. Hace años publiqué un material clínico que ilustra bastante bien este supuesto (Sales, 2000).
9. Bion (1967) hablaría de un fallo de la función alfa de la mente, mientras que Lutenberg (2007), por citar un autor que recientemente ha tratado estos temas, se refiere a este fenómeno como vacío mental.
10. El tema de la accidentalidad es tratado en un interesante libro de Julio Granel (2009), recientemente presentado en Barcelona por GRADIVA. Para la traumatofilia, consúltese también Maldavsky (1994).
11. En los casos de psicósomática, Maldavsky (1992) postula una acción combinada de la *Verleugnung* con una forma de *Verwerfung* a la que denomina la desestimación del afecto.



12. Maldivsky (1994) y Lutenberg (2007) han realizado valiosas aportaciones acerca de las dificultades técnicas que plantea el análisis con estos pacientes.

13. Recuérdese al respecto la «dócil apatía» con que el Hombre de los Lobos acogía todas las interpretaciones de Freud sin que de ello se derivara cambio alguno (Freud, 1918b [1914]).

14. En este tercer supuesto, el efecto de la *Verwerfung* suele comportar una severa dificultad para la instauración de la represión originaria, con lo que la constitución misma del inconsciente resulta muy perturbada. Naturalmente esto da lugar en la clínica a las diferentes manifestaciones de las psicosis.

15. Recordemos que ya en los años del *Proyecto*, Freud opinaba que «cualquier teoría psicológica atendible tiene que brindar una explicación de la “memoria”» (Freud, 1950 [1895]:343). También que en la Carta 52 esboza su primer esquema tópico de aparato psíquico (un claro antecedente del famoso esquema de *La interpretación de los sueños*) basado en las distintas retranscripciones de las huellas mnémicas (Freud, 1950 [1896]).

16. Durante años Freud usó el término *repsión* (*Verdrängung*) como sinónimo del más genérico de *defensa* (*Abwehr*), y no estableció una clara diferencia entre ellos hasta *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d [1925]).

17. En este pasaje aparecen las diversas formas y conjugaciones del verbo *kennen* (conocer) y del sustantivo *Kenntnis* (conocimiento), que Etcheverry se obstina por traducir como «tener noticia».

18. Fue Hyppolite (1954) quien llamó la atención sobre el hecho de que en este sucinto enunciado, Freud utiliza el término *Aufhebung* (muy usado también por Hegel, aunque con una acepción diferente), que significa *cancelación*, pero también *supresión*, *abolición*, *levantamiento*, *suspensión* (en el sentido de dejar en suspenso). Más adelante veremos el alcance de este concepto en Freud.

19. El sustantivo *Ablehnung* y el verbo *ablehnen*, traducidos sistemáticamente por Etcheverry como *desautorización* y *desautorizar*, respectivamente, tienen en alemán un significado más cercano a *rechazo*, *repudio*, *recusación*, incluso *denegación*. Es decir, tienen una acepción muy similar a *Verwerfung* y *Verleugnung* (Sales, 2009).

20. Este detalle representa precisamente la diferencia más importante de este conjunto de fenómenos con respecto aquellos que generan el sentimiento de lo ominoso (*das Unheimliche*), en los que detectamos la presencia de la compulsión de repetición.

21. Aquí vemos que *mantener algo alejado del yo* y *desmentirlo* son expresiones tratadas como sinónimas. Otro sinónimo ampliamente utilizado por Freud en esta obra es, como ya hemos indicado, *desautorizar*.

22. Es una fuerte desmentida de la realidad lo que les permite a los niños creer en los Reyes Magos o en Papá Noel.

23. Quien proponía el término *escotomización*, desaprobado por Freud.

24. El desliz fue corregido en el capítulo VIII de *Esquema de psicoanálisis*, cuando dice: «El yo infantil, bajo el imperio del mundo real-objetivo, tramita unas exigencias pulsionales desagradables mediante las llamadas represiones [...]. [Pero] en

ese mismo período de la vida, con harta frecuencia da en la situación de defenderse de una admonición del mundo exterior sentida como penosa, lo cual acontece mediante la desmentida de las *percepciones* que anotan de ese reclamo de la realidad objetiva» (Freud, 1940a [1938]:205, bastardillas de Freud). De esta forma queda aclarado el embrollo y volvemos a la concepción acostumbrada, según la cual la diferencia entre represión y desmentida radicaría en que la represión actúa sobre las demandas pulsionales y la desmentida sobre percepciones.

25. En la *Verwerfung* el proceso defensivo afectaría también a una representación, a un significante, el cual, abolido, no habría accedido al registro simbólico y aparecería proyectado en lo real.

26. Véase la importancia que Jean Hyppolite y Lacan otorgan a este concepto (Lacan, 1954). Muy resumidamente podría formularse así: a diferencia de lo que ocurre en la psicosis donde impera la *Verwerfung*, cuando se trata de *Verneinung* o *Verleugnung* el sujeto *toma nota* de lo que presenta la percepción, la cual deja huella. Sobre este mismo punto puede consultarse también el magnífico estudio de Solal Rabinobitch (1996).

27. Propongo completar la conocida formulación de Mannoni: «ya lo sé, pero aun así...», característica de la desmentida (Mannoni, 1963), con el *porque a mí no me afecta*. Con ello hago referencia a la definición de Freud, en la que afirma que *la represión* (la disociación) del afecto permite neutralizar los efectos de la representación traumática (reconozco a *Schopenhauer*, pero aun así a mí no me afecta en absoluto).

28. Del verbo *abweisen*: *rechazar*, *rehusar*, *denegar*, *desestimar*. Ya hemos señalado esta locución en otro lugar (Sales, 2009) como sinónimo de *Verwerfung*, más que de *Verleugnung*, aunque es evidente que en este contexto hemos de entenderlo en este último sentido. Es un ejemplo más del uso deliberadamente descuidado que Freud hacía a menudo de su terminología.

29. Véase al respecto mi trabajo anterior (Sales, 2009).

30. Ya en *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905c), Freud había apelado al mecanismo de la *cancelación* para explicar el efecto del chiste como un levantamiento momentáneo de la represión que permite la descarga pulsional: «Entreveamos la posibilidad de que la cancelación [*Aufhebung*] del obstáculo interno [la represión] contribuya al placer en medida incomparablemente mayor» (*Ibid.*:115).

31. Tal vez convenga aclarar que la palabra alemana *Schicksal*, que se ha traducido por *destino*, significa también *suerte*, *fortuna*, *sino*; como cuando se dice: abandonar a alguien a su *suerte*, correr la misma *suerte*, etc. Con buen criterio, López-Ballesteros, en la primera edición de su traducción de las Obras Completas, propuso «Las pulsiones y sus vicisitudes», acepción que aunque no es literal creo que expresa muy bien lo que Freud quería indicar.

32. Freud utiliza a menudo la palabra *Unterdrückung* (traducida por Etcheverry como *sofocación*) como sinónimo de represión.

33. Consúltese [www.khristophoros.net/Tras/Freud/html](http://www.khristophoros.net/Tras/Freud/html)

34. Del verbo *Weigern*, que significa *negarse*, *resistirse* (a hacer algo).

35. Recordemos: «El fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre) en que el varoncito ha creído [*geglaubt*] y



al que no quiere renunciar» (Freud, 1927e:148, bastardillas más).

36. «Dormidas», «latentes».

37. Recordemos la preferencia que tenía Freud por la definición de Schelling acerca de lo *unheimlich*. Decía que es todo aquello que estando destinado a permanecer oculto, secreto, no obstante ha salido a la luz (Freud, 1919h:225).

38. Recordemos el ejemplo que pone Freud acerca de las diferencias entre saber una cosa y tomar conciencia, a propósito de los camareros que sabían quién era Schopenhauer, pero desconocían lo que éste significaba.

39. En realidad estaríamos ante un fenómeno de lo que Freud llamaba «*Aufhebung*» de la represión: levantamiento, cancelación de la represión, fenómeno común al proceso de la negación y al del chiste.

40. Después matizaremos este punto.

41. Recordemos la fórmula de Mannoni: «ya lo sé, pero aún así...». Observemos que la frase de Chrobak tiene esta misma estructura: «nos es bien conocida, pero no podemos prescribirla».

